

MUNICIPAL
BIBLIOTECA
N.º 105

La Ilustración Católica



SUMARIO.

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—*Recuerdos de un viaje*, XIII, *El Sepulcro de Santiago*, por el P. Fidel Fita, S. J., y D. Aureliano Fernández-Guerra.—*El Padre Luis Taparelli d'Azeglio*, II, por D. Damian Isern.—*Autoñito*, cuento, por D. Leandro Herrero.—*Los Grabados*, por X.—*Bibliografía*, por D. M. Perez Villamil.—*Advertencia*.—*Jeroglífico*.—*Anuncios*.

GRABADOS: *El general Cristóbal Luis Leon Fuchault de Lamoriciere, campeon de la Santa Sede, muerto en 1855*.—*Monumentos relativos al sepulcro de Santiago: seis grabados, que representan los descubrimientos hechos en las recientes excavaciones*.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 16 rs.
Un año... 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 11 fr.
Un año... 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid, 21 de Junio de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Epoca 2.ª—Año IV.—Tomo III.

NÚMERO 47.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

Salimos de Scila y caímos en Caribdis, ó lo que es igual, salimos del Senado y caímos en el Congreso.

La política ha trasladado su campo de batalla desde el palacio de doña María de Molina al palacio de las Cortes. De palacio en palacio va llevando esta heroína sus huestes por campos alfombrados, donde son blandas las caídas y abundante la cosecha de flores artificiales. El nuevo partido, que en el Senado ha tenido por campeón al Sr. Martinez Campos, necesitaba lucir las grandes prendas de su jefe civil, el Sr. Sagasta, el cual rompió el fuego sobre el banco ministerial con un discurso vaciado en el molde de siempre. Hace ya más de treinta años que se viene repitiendo diez ó doce veces por legislatura el mismo discurso, de modo que no hay español, sobre todo si es contribuyente, que no lo sepa de memoria:—«Vosotros—los que gobernáis—habeis conducido al país al borde del abismo; sólo yo y los míos podemos salvarlo.»

Disuelvan Vds. esta idea en un espacio de dos horas, y habrán hecho un discurso de oposicion, digno de una cartera.

Pero llega el día en que la oposicion sube al poder, en que los salvadores toman por su cuenta al enfermo, y entonces.... ¡Ah! entonces el abismo se ensancha, la dolencia se recrudece y la esperanza se disipa como sombra que pasa.

Y así vamos pasando, sin que alcancen los discursos á remediar nuestros males.

Con esto hemos dicho de uno de los sucesos de la semana todo lo que nos es lícito decir y todo lo que conviene saber. Punto y aparte.

¡Aleluya, aleluya! La fea mancha de la ignorancia que ennegrece tantas inteligencias va á desaparecer bajo el elixir de las ligas.

Recuerdo que en mi pueblo dicen de los chicos necios y holgazanes que tienen el entendimiento en los talones, y

esta especie fisiológica, que yo nunca me expliqué satisfactoriamente, resulta ahora á maravilla sancionada. Puesto que el entendimiento se baja á los talones, apretemos bien las ligas y se corregirá el mal de la ignorancia.

Este es sin duda el pensamiento que ha inspirado á los fundadores de las ligas contra la ignorancia, de las cuales se prometen sus sabios autores grandes é indudables beneficios para la cultura de España.

La Liga de Madrid celebró su primera sesion el domingo 13 del corriente, bajo la presidencia del Sr. Pascual, que es una pierna, segun dice un periódico, á la cual se suelen amoldar bien todas estas ligas. Los acuerdos de la primera junta fueron nombrar una comision organizadora y felicitar á las ligas ya constituidas en otras partes.

Entre los concurrentes reinó la más perfecta inteligencia, y todos se mostraron satisfechos del resultado de la primera tentativa.

Un amigo nuestro, gran guason, nos ha referido algunos diálogos cogidos á la puerta.

—Querido Paco, ¿tú por aquí?

—Sí, chico, me dijo anoche el maestro al pagarme la semana que no dejara de venir, y aquí me tienes metido de patitas en la liga.

—¿Y qué opinas de estas cosas?

—Opino que mi maestro ha errado el oficio, pues sabe más de ligas que de letras de molde.

—¿Qué imprime ahora?

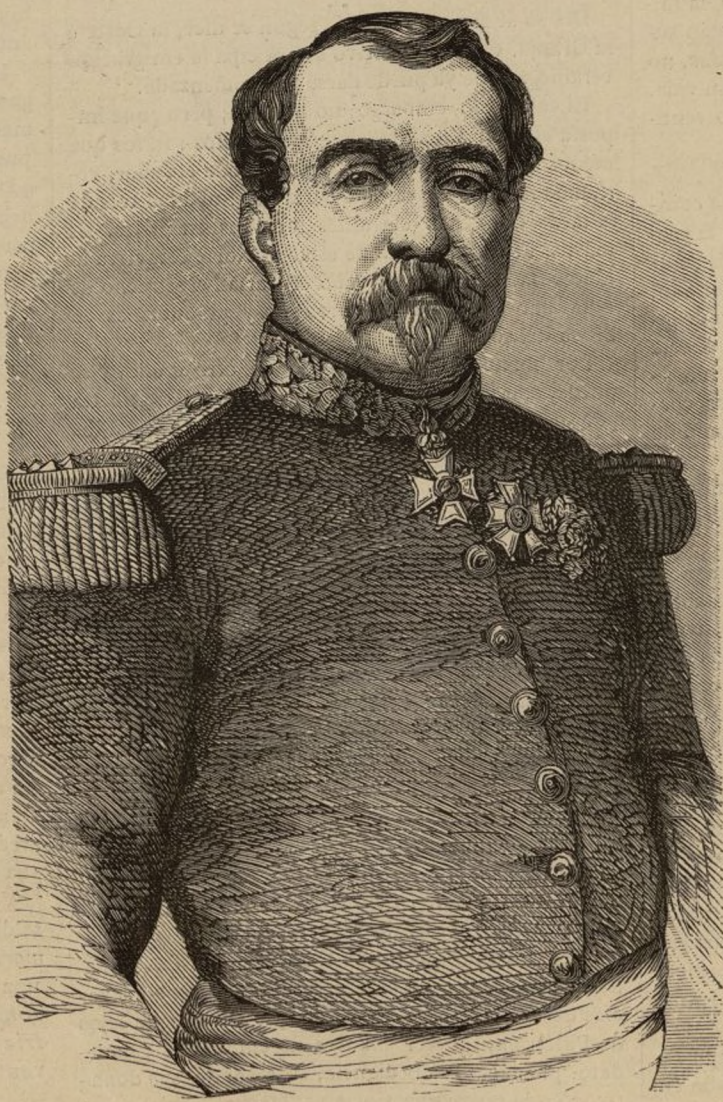
—Un diccionario castellano, y sale tan correcto, que ayer vió las primeras pruebas un literato y preguntó si era un diccionario de galicismos.

—¿Y qué es en esta sociedad?

—Supongo que le darán uno de los primeros puestos.

—D. Demetrio, ¿estará V. en sus glorias?

—Ya lo ves, hijo, toda mi vida la he consagrado á combatir la ignorancia, y ahora recojo el fruto de mis obras. Yo entré de 17 años en la milicia nacional, asalté con mi compañía más de veinte conventos de frailes y destruí sus bibliotecas, antros de oscurantismo y de barbarie, formé parte de la redaccion de *El Cencerro* y escribía la parte amena de *El Combate*; dí dinero para la fundacion de dos capillas protestantes, y cuando vino la restauracion me dediqué á propagar *El Tio Conejo* por sus artísticos graba-



EL GENERAL CRISTÓBAL LUIS LEON FUCHAULT DE LAMORICIERE,

inolvidable campeon de la Santa Sed, y modelo de caballeros cristianos, † 1865.

dos y *El Globo* por sus sábados clericales. ¿Cómo no he de ver con gusto la fundación de esta liga que responde á todas mis tradiciones?

—Méritos le sobran á V. para que lo nombren presidente honorario.

Por último, un periodista oyó que al salir de la reunión gritó al aire libre uno de los concurrentes:

—¡Viva la cencia!

El que lo relata dice que el grito le constipó y todavía sigue estornudando.

A propósito del entusiasmo postizo con que la prensa irreligiosa acaba de celebrar en Portugal y en España el centenario de Camoens, ha escrito *El Fénix* las siguientes elocuentes palabras, que reproducimos con sumo gusto:

«Todo culto debe tener sus manifestaciones propias y sus límites naturales, y el centenario de un poeta no debe celebrarse como el aniversario de un Santo.

Es visible hace años el conato de suplantar con apoteosis profanas las grandes festividades religiosas de la Iglesia. Estamos seguros de que en la que está celebrando Portugal en estos momentos, lo mismo que en la que celebró Italia no hace mucho tiempo en honor de Dante, toma una gran parte la masonería. Ya sabe ella por qué.

Además, ni el gusto ni el verdadero culto de lo bello ganan nada con estos falsos entusiasmos. Ahora se empieza con Dante, Milton y Camoens, tres ingenios cristianos de primer orden; pero una vez abierto el camino, la Iglesia revolucionaria nos querrá imponer sus santos. Vendrá después el aniversario de Voltaire, de Marat, de Rousseau, del sargento García, etc., etc. Los progresistas ya nos impusieron en otro tiempo la famosa traslación de los huesos de Muñoz Torrero, celebridad improvisada para la necesidad política del momento, y que sigue hoy tan olvidada como antes de aquella famosa procesion, porque el pobre difunto no había dejado nada tras de sí. Hay mucha diferencia de Santos á santones.

Nosotros nos atreveríamos á apostar que la mitad, lo ménos, de los periodistas que ahora están sudando tinta en honor del autor de *Los Luisiadas*, no lo han leído, ni probablemente lo leerán en su vida. Por eso les falta la discreción propia de todo sentimiento verdadero.»

La institucion de estas festividades profanas coincide, como es natural, dada su tendencia, con la profanacion de las fiestas religiosas. En las grandes ciudades apenas se distingue el día de fiesta del feriado, porque la industria moderna se ha emancipado de las leyes del trabajo cristiano. Las consecuencias de esta relajacion del tercer Mandamiento divino son funestísimas, y á la vez que acaban con las buenas costumbres de los pueblos, merman el patrimonio de las familias que lo quebrantan.

Los católicos de varios países han puesto en práctica un medio muy sencillo de corregir este gran daño.

Consiste en imprimir y circular profusamente en cada poblacion el catálogo ordenado de los establecimientos que cierran sus puertas en los días festivos. De esta manera los católicos saben las tiendas que deben preferir para surtir sus casas, y los comerciantes, sino por respeto al Mandamiento religioso, por miedo á la competencia, cierran sus establecimientos y se ven obligados á guardar la fiesta.

Este sencillo procedimiento es el que acaban de poner en práctica las señoras de Valencia, y tenemos á la vista el catálogo de 694 comercios é industrias de aquella ciudad, que aparecen cerrados los días festivos. El procedimiento ha sido tan eficaz que todos los días traen los periódicos de la localidad nuevas adhesiones al catálogo, el cual llegará, según creemos, á comprender todos ó casi todos los establecimientos de la ciudad del Cid.

Cosa tan fácil, tan sencilla, y al propio tiempo de eficacia tan probada, ¿por qué no llevarla á cabo en todas las ciudades donde se observa la misma dolencia? ¿Tanto cuesta el reunirse diez ó doce personas piadosas y formar la estadística? La publicacion del catálogo, por extenso que sea, no costará diez duros; de modo, que con poco trabajo y escaso dispendio, se lleva á cabo una obra altamente saludable para las buenas costumbres y para el bien de los pueblos.

España es católica, á pesar de la conspiracion de los impíos, y lo único que hace aquí falta para levantar el espíritu religioso tan abatido, es una docena de hombres de corazon en cada capital que rompan el hielo de la apatía que nos amortigua y desfallece. Que los buenos trabajen en la fecunda tierra de nuestros padres y brotarán de nuevo frutos de vida y de regeneracion social.

Aun más funesta que la conspiracion de los malos, es la apatía y dejadez de los buenos.

Con satisfaccion hemos visto en los diarios religiosos iniciado un pensamiento nobilísimo, que esperamos se lleve á cabo. Dentro de pocos días cúmplense los tres meses concedidos por el Gobierno francés á las congregaciones religiosas, no autorizadas, para abandonar el territorio de la República. Los venerables proscritos, que no podrán resistir á los rigores de la fuerza, tendrán que dejar sus casas, y con el Breviario bajo el brazo, atravesar las fronteras de su país en busca de un asilo.

Sabemos que muchos de ellos han puesto sus ojos en la patria de Santo Domingo, de San Ignacio y de Santa Teresa, considerando que no han de faltar aquí corazones generosos que se asocien á sus penas, ni hogares hospitalarios que les abran sus puertas.

Tal es la idea que esperamos lleven á cabo los católicos españoles; poner sus casas á disposicion de los ilustres proscritos, para que no les falte en la católica tierra de España techo que les cobije y mesa que los alimente. Cada cual, según sus medios, podrá recibir uno ó varios, en tanto que la Providencia, en España ó en otros países, les abra caminos de luz y medios para restablecer sus conventos. La parte práctica de este pensamiento es muy sencilla; bastará que los católicos que quieran realizarlo se entiendan con sus párrocos ó con sus obispos, para que éstos lo pongan en conocimiento de quien convenga.

¡Hermoso ejemplo dará España abriendo sus brazos á los venerables religiosos franceses, expulsados de su patria en nombre de la libertad, mientras la nacion vecina abre los suyos á los amnistiados de la *Commune*, hidrópicos de ira y venganza!

Del 20 al 25 se trasladará, según se dice, la Corte á la Granja. Con este motivo se anticipa la emigracion veraniega, que ya puede darse por comenzada.

El calor, sin embargo, no molesta; pero ¿qué importa el calor á los que emigran, si éstos son los que ménos lo sienten? Si se hiciese de moda el sudar, veríamos en Julio cruzar la Puerta del Sol á las tres de la tarde á muchos elegantes forrados en pieles. Es más, si Francia, en vez de estar al Norte estuviera al Mediodía, al llegar el verano cruzarían el estrecho de Gibraltar bandadas de gorriones y golondrinas en busca del sol africano.

Por fortuna, las cosas están de otro modo, y se puede, con mucha frescura, ir á felicitar á Gambetta por sus triunfos, y á dar la bienvenida en París á los amnistiados de la Nueva Caledonia.

V. P. NULEMA.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

XIII.

EL SEPULCRO DE SANTIAGO.

Así como, desde la antigüedad más remota, las colonias fenicias establecidas en España enviaban todos los años preciadas ofrendas á Oriente, para los templos de sus opulentas metrópolis Sidon y Tiro (1); de igual suerte al de Jerusalem mandaban tributo de homenaje las familias hebráicas de la dispersion, moradoras en todo el orbe de la tierra (2). Ordenó á los hijos de Israel la ley mosaica asistir cada año al santuario de Jehová en los días de tres fiestas, á saber, las de Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos, y no presentarse allí con las manos vacías de dones (3). Los Israelitas que se hallaban lejos de Palestina, sin ver manera de cumplir este mandato, prestábanle obediencia, entregando sus donativos en la respectiva sinagoga; la cual enviaba con ellos un delegado á Jerusalem, que los presentaba y oraba en la casa de Dios, á nombre de los hermanos ausentes. Fué, pues, cosa naturalísima verse reuni-

dos en la Ciudad Santa varones de toda nacion que hay debajo del cielo, según las textuales palabras de San Lucas, el día que, en lenguas de fuego, descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Acomodaron éstos al régimen de la Iglesia naciente varios ritos y prácticas de la Sinagoga, que á toda luz debían conservarse y perfeccionarse. De aquí el regresar los Discípulos del Señor, terminada una mision evangélica, llevando siempre consuelos y eficaces socorros á los santos y hermanos: costumbre que por las epístolas de San Pablo se evidencia completamente.

A fines del año 41 vinieron de Antioquía el Apóstol de las gentes y San Bernabé, trayendo muchos y generosos donativos de los que ya se ufanan con el nombre de Cristianos, para mitigar, cuanto fuese posible, en los fieles de Jerusalem el hambre que iban á padecer juntamente con todo el orbe romano. Habíala predicho Ágabo (1); y Dion Casio (2), tan diligente y grave historiador, no olvida que hubo un hambre cruelísima y general en el año segundo del imperio de Cláudio César, es decir, en el 42 de la era cristiana. De España arribó con igual oportunidad y auxilios no menores el Apóstol Santiago, acompañándole siete discípulos, que la tradicion afirma ser gallegos (3). Quizá estos mismos presentes y el gozo de los fieles de Jerusalem despertaron y enciñaron la envidia y el rencor de Herodianos, Escribas y Fariseos; y quizá, también, les llevó á extender la calumnia de que el Apóstol, unido á los judíos españoles, ambicionaba restituir el trono á la casa de David. Un año cumplíase ya entonces precisamente, que Julio Agrippa Herodes reinaba en Judea por beneficio del emperador Cláudio, como paga del favor insigne que al mismo Cláudio prestó Herodes en Roma. El cual contribuyó á sentarle en el codiciado trono de Augusto, con ganarse y decidir á ello á los pretorianos y senadores, arengándoles diestramente, el miércoles 24 de Enero de 41, en que fué asesinado Calígula (4). Ahora importábase á Julio Agrippa afianzarse en el reino de Judea, captándose la voluntad de los Jerosolimitanos: así que, dió fácil oído á la envidia y á la murmuracion desatadas contra el hijo del Zebedeo; y le hizo degollar muy pocos días antes del 24 de Marzo, en que fué la Pascua.

Los siete discípulos consiguieron que se les entregase el inanimado cuerpo de su Maestro: embalsamaronlo debidamente; lo transportaron á Joppe; y lo pusieron en una velera nave que había de partir luego con direccion á España. Rara, ó ninguna vez, fué negado á la familia ó á los amigos el cuerpo de la persona muerta por mandato judicial. José de Arimatea pidió y obtuvo el sacratísimo cuerpo de nuestro redentor Jesucristo; Gamaliel asimismo, el de San Esteban, para sepultarlos en predios y monumentos de su propiedad particular; y años antes, los discípulos del Bautista habían llevado desde Peréa á Samaria el yerto cadáver del Precursor divino. De la propia manera los siete discípulos españoles hubieron de reclamar y obtener los santos despojos mortales del Apóstol que dió el primero su vida por la fe. Anhelaban tributarle honrosísima sepultura, en la provincia de su especial predicacion y doctrina; y probablemente en finca, y aún en monumento quizá de alguno de estos egregios varones. Próspero el viento, serena la mar, rápido y animoso el bajel, cual si el timon se hallase fiado á un espíritu celeste, llegó el sagrado depósito al galaico puerto de Iria, cerca del confin de la tierra entonces conocida. Allí desembarcaron; y caminando como unas cuatro leguas hacia el septentrion, por la antigua y excelente vía romana de Iria á Brigantium (Betanzos), vinieron al predio que decían *Liberodunum*, y significa en lengua céltica. «La Torre del camino.»

Veíase enclavada la finca en un pago iriense, que se denominaba «Los Hitos de mármol» (*Arcae marmoricae*), por los que, al occidente de ella y sobre una montaña más alta, dividían del territorio de *Amavea* (hoy valle de la Mahía) la jurisdiccion de Iria, ciudad de la region de los *Cáporos*, en el convento jurídico de Lugo (*Lucus Augusti*). Después

(1) Act., XI, 28-30.

(2) Hist., I, X, 11.

(3) «Novem vero in Gallacia, dum adhuc viveret, Apostolus elegisse dicitur, quorum septem, aliis duobus in Gallacia praedicandi causa remanentibus, cum eo Jerosolimas perrexerunt; ejusque corpus post passionem per mare Gallaciam deportaverunt.» Códice de Calixto, I. III.

(4) Josefo, *Antiquit.*, I, v, cap. 6.

(1) Pelibio, *Excerpta*, CXIV; Diodoro Sículo, *Biblioth.* I. XIX.
(2) Josefo, *Antiquit. Jud.*, IV, 8; XVIII, 9.
(3) *Deuteronomio*, XVI, 16.

del siglo IX aparece el nombre de Compostela, para designar el venturoso campo, guardador de las sagradas reliquias. Urge esclarecer todo esto, si ha de entenderse bien la parte geográfica en la carta del Papa San Leon III, en los diplomas del segundo y tercer Alfonso, de Ordoño II y de otros monarcas, y en gran número de escrituras pertenecientes á los siglos IX y X, y relacionadas con el sepulcro de Santiago.

¿Hallábase este monumento construido ya el año 42, ó se labró de nuevo y expresamente para el Apóstol?

San Leon III en su epístola dice, que llegados los Discípulos á la posesioncita de Libredon (1), encontraron allí cierto ídolo colosal; y cerca de él, en una cripta de picapedreros, muchos picos, martillos, alcotanas y demás herramientas de albañilería y cantería (2). Echaron mano de las que hubo necesidad para hacer añicos el simulacro pagano; y con las palas y azadones abrieron zanjas y construyeron cimientos firmísimos desde la dura roca. Sobre parte de ellos se alzó inmediatamente una reducida cámara, arqueada y subterránea, donde tuvo con peregrino arte digno sepulcro el venerado cuerpo del Apóstol; y sobre otra parte labraron una iglesia de cortas dimensiones, enriquecida con marmóreo altar, y abierta para pueblo feliz, que allí oraba y asistía devoto al incruento sacrificio (3). Puesto el santísimo cuerpo en el sarcófago, los Discípulos consagraron el ara, y dedican la iglesia, entonando los himnos Davidicos propios de este rito y ceremonia; arrojan por aquellas cercanías el fecundo grano de santa predicación; y cogen pronto abundosa mies para gloria de Cristo. Con maduro acuerdo y sabia providencia, los discípulos Teodoro y Atanasio moran todos los días de su vida en aquella casa divina, custodios del sagrado depósito; y á su muerte disponen, y se les cumple así por los cristianos, descansar en tan santa morada, sepultados el uno á la derecha y el otro á la izquierda de su maestro. Hasta aquí San Leon.

Por nuestros ojos mismos hemos podido comprobar tan exacta descripción del monumento, merced á las excavaciones recién llevadas á término feliz en la capilla mayor del templo compostelano. Apréciese como nosotros el lector advertido y atento, fijando la consideración en los muchos grabados, hechos á vista de buenas fotografías, que le damos en este capítulo, y son los siguientes: 1.º Plano y alzado de los cimientos del edificio, hasta el piso de la cripta, según los han venido á poner de manifiesto las últimas excavaciones. 2.º Restauración conjetural de todo el edificio, guiándonos por otros semejantes de Italia y Palestina. 3.º La cámara santa, cual nos la ofrece preciosísima miniatura del año 1129, en el tumbado A de este archivo. 4.º La misma cámara, conforme á otra miniatura del siglo XIII, en el ejemplar más antiguo de la *Historia Compostelana*, que posee la Biblioteca Real de Madrid, donde quizá figuró el artífice una restauración u ornamentación de la cripta hechas por San Fernando. Y 5.º Cróquis, tomado muy á la ligera y que nos ha facilitado el Sr. D. Antonio Lopez Ferreiro, del fragmento del mosaico romano, encontrado ahora, en el que fué pavimento de la iglesia subterránea. Dirá todo esto mucho más que cuanto pudiéramos nosotros decir, á la imaginación y entendimiento del hombre estudioso; pues menos perezosamente llegan los objetos á la comprensión del alma por los ojos, que por los oídos. No queremos sin embargo, renunciar al placer de patentizar de qué suerte, ciñéndonos á las palabras de San Leon III, se ajustan á ellas todos estos datos, de sumo valor é importancia.

La roca viva sobre que descansan los primitivos cimientos, hállase en la ladera occidental del otero á cuyos pies se tienden amenísimos valles, bañados por las corrientes del Sar y del Sarela. La planta del edificio es cuadrada; y los muros, de gruesos y valientes sillares, labrados y unidos á la usanza romana, miden ocho metros por cada frente. Hácese den-

tro como un paralelogramo de seis metros de largo y cinco de ancho, que arranca desde el testero principal; corre por sus tres lados exteriores un pasillo ó galería; y lo interior se divide en dos compartimentos. El de la entrada, ó siquier la iglesia subterránea, mira hacia el Oriente; y su pavimento, de mosaico muy lindo, tenía tres y medio metros de ancho y dos y medio de largo. El recinto que sigue fué la cámara sepulcral, de igual anchura, pero de sólo dos metros de longitud; y un mosaico debió también cubrir su suelo. Aquí, al igual del piso, cavadas en tierra y junto á los muros laterales, hubo sendas sepulturas (á que interiormente sirvieron de paredes los tres muros de piedra y otro de ladrillos romanos tendidos), las cuales han llegado á nosotros, y se ven hoy día para contribuir de la manera más decisiva á formar juicio cabal del primitivo sepulcro y de la disposición que el santo Pontífice Leon III le atribuye. Colocados humildemente en la tierra los discípulos Teodoro y Atanasio en aquellas sepulturas, estaban así á derecha é izquierda del sarcófago apostólico, que se adelantaba desde la pared principal hasta muy cerca del arco de entrada á este recinto.

En la antecámara sepulcral, ó séase iglesia, el pavimento era de mosaico; y lo patentizan grandes trozos de la cenefa, recién descubiertos. La cual viene á ser una ancha faja negra sobre fondo blanco, ribeteada en lo interior de los bordes por sendas líneas blancas almenadas; y se engalana con flores de color casia, rojas hacia el tallo y blancas después, alternando con hojas sueltas blancas y lanceoladas. El mosaico fué desenvuelto y probablemente deshecho en la parte principal, el año de 1666, cuando á toda costa se buscaban las reliquias del Apóstol, ocultas con el mayor sigilo á fines del siglo XVI, ó principios del XVII. Bastan los fragmentos hallados, para deducir en qué tiempo se hizo esta obra de taracea con piedrecillas de colores? No, en verdad. Sólo poseemos la cenefa, es decir, el marco de un cuadro que nos falta, y sin cuyo asunto y composición principal es imposible fundar sólida conjetura. Proponemos, sin embargo, á suponer coetáneo al monumento el mosaico, fijándonos en la genial composición de la cenefa, muy diversa de las que nos ofrecen los pavimentos españoles de este género, desde la paz de la Iglesia en adelante. Recuérdese el muy bien conservado y gracioso de Jumilla, que en Madrid y en 1788, grabó Bartolomé Vazquez y publicó D. Juan Lozano, canónigo de Cartagena. Obra del siglo IV, perteneció á un oratorio cristiano, más pequeño que el de Compostela, y asimismo dividido en dos partes quizá por sólo una barandilla. Pero la cenefa general dista mucho de la sencillez clásica y elegante que recomienda á la de que hemos hablado. En cambio, los centros son bellísimos: consiste el primero en un trezado ó muy preciada estera de palma, ingeniosa y lindamente dispuesto, y al derredor una greca de extremado arte; vienen á componer el segundo ocho octógonos enlazados, cuyas líneas, entre cuatro cruces griegas y aisladas en cada cual de ellos, se juntan al medio, y recuerdan el *svastika* (1), cruz simbólica, frecuente en las vestiduras de los antiguos cristianos, en monumentos griegos y en los hipogeos de Egipto.

Es de suponer también que el pavimento de la cámara sepulcral fuera de mosaico; y en la parte que cerraba las sepulturas de Teodoro y Atanasio, ofreciera semejanza con el descubierto á 16 de Diciembre de 1878 en la ciudad de Dénia, por bajo y al Oriente del cerro en que estuvo la famosa *Dianium*. Brinda con labores, fajas y compartimientos; diciéndonos su inscripción haber muerto en la paz del Señor á 11 de Febrero y en edad de cuarenta años cierta señora, llamada Severina, cuyo esqueleto se halló intacto (2).

(1) Fernandez-Guerra, *Cantabria*; Madrid, 1878; pág. 36.

(2) SEVERINA
IXIT AN
noS XXXX
reCESSITIN
PACE TERTI
V IDVS FEB

La fórmula *recessit in pace* léese en otra inscripción de Viena sobre el Rodano (Le Blant, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule*, 427), menos antigua que ésta de Dénia. Ofrecémosla frecuente las inscripciones de Andalucía, donde se repite como en unas treinta lápidas del siglo V y VI, cual puede verse en Hübner. En la Tarraconense es muy rara.

El presbítero Sr. D. Roque Chabás, Correspondiente de la Real Academia de la Historia, ha publicado en el folletín de *El Porvenir* una erudita monografía sobre este monumento cristiano, que

Muestran iguales dimensiones este enterramiento contestano, y los galaicos de Atanasio y Teodoro.

El sarcófago ó arca marmórea, donde los piadosos discípulos de Santiago depositaron su cuerpo, no parece hoy desgraciadamente. Melado era el color del mármol, según la miniatura del año 1129, en el tumbado A de esta iglesia (1); y carecía de los relieves y esculturas que enriquecieron después tales urnas desde el siglo III (2). Otra miniatura sobre cien años posterior, en la *Historia Compostelana*, ofrece cubierto con tapa triangular el sarcófago, y en el vértice una cruz griega (3).

Que existía por los años de 1139 el arca primitiva, nos lo asegura el Códice de Calixto; y queremos copiar aquí las palabras del traductor gallego: «En esta yglesia meesme yaz soterrado so o mayor altar o corpo do moyto onrrado ben aventurado apostolo Santiago; et segund que dizen, yaz metudo en hua arca de marmore en moy boo sepulcro.» Ambrosio de Morales, al hacer su *Viaje santo* del año 1572, aun cuando no pudo bajar á la cripta, por hallarse completamente incomunicada desde muy antiguo, no dudó afirmar que en una concavidad, ó hueco, debajo del altar mayor, «está el cuerpo del Santo Apóstol, en su tumba de mármol, en que fué hallado.» Siendo esto así, hay que suponer que, al emprender las obras del altar mayor y tabernáculo (comenzadas hacia 1666, y concluidas en 1669) (4), cuando se desenvolvieron los cimientos del antiquísimo edificio romano, como se encontrara vacía la antigua urna de mármol y se estimase demasiado humilde y de gusto muy diverso del que entonces reinaba, ó se despedazó para aprovechar su materia en el moderno cenotafio, cubierto por la mesa del altar, ó se colocó en sitio del que se ha perdido la memoria. Cedemos á esta última opinión, y confiamos que alguna vez parecerá el monumento, como sucedió en Leon catorce años há con el primitivo sepulcro de San Alvaro, descubierto por el eminente artista y sabio arquitecto D. Ricardo Velazquez Bosco (5).

FIDEL FITA.—AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

(Se concluirá.)

LUIS TAPARELLI D'AZEGLIO.

II.

Las noticias del anterior artículo sobre el estado de la humana sociedad al comenzar este siglo, ha-

creemos del siglo IV. Poseemos una fotografía del mosaico, por fineza de tan excelente y docto compañero.

(1) La interesantísima viñeta figura el interior de la cámara sepulcral, vista desde uno de sus costados. Un arco de medio punto, cuyo borde superior es de oro, y de jaspe con vetas rojas y cárdenas el inferior, recuerda la bóveda primitiva, sostenida por columnas de oscuro jaspe con capiteles de oro. De la clave pende una lámpara de aquel precioso metal. Tres sarcófagos á lo largo y sin tapa llenan el recinto, sobresaliendo el de en medio sobre los otros. El del primer término es de jaspe verde; la tumba del Apóstol, melada y almendrada; la de atrás, de mármol rojo. Sobre la principal é incensándola con la mano izquierda, y señalándola con el índice de la diestra, se alza un ángel. Nimbo de oro rodea su cabeza; la túnica es morada; verde el manto; las alas de colores, doradas y moradas. Al pie del sarcófago aparece el prelado de Iria: su mitra, del siglo IX, es blanca y con franja de oro; las ínfulas caen sobre el hombro, y son rojas. Viste dorada túnica con mangas de brocado de oro, ajustadas y formando rosas; y manto verde. Empuña su izquierda un báculo de roble con áureo cayado, y su diestra señala también el sepulcro apostólico, como en actitud de reiterar una pregunta. El obispo es barbicano, y sobre su cabeza y hasta la lámpara corre esta inscripción:

TEODEMIR

EPISKOP

(*Teodemirus episcopus.*)

Fuera de la cripta irguense las construcciones, debidas al rey D. Alfonso el Casto, á saber: delgadísimo torres de oro, con saeteras; casas pintadas de verde claro, con fajas blancas, ventanas de verde oscuro, y tejas de barro circulares sobre cornison de oro; y próximas á la clave de la bóveda, sendas torrecillas ó respiraderos de color bermejo.

(2) Fernandez-Guerra, *Sarcófago cristiano de la catedral de Astorga, hoy depositado en el Museo Arqueológico Nacional*: monografía publicada en el *Museo Español de Antigüedades*, tomo VI, página 587-601.

(3) Esta última apariencia del sarcófago es la que prevalece para ser representado en los frescos de la excelsa bóveda del altar mayor; y para la tumba ó cenotafio, colocado en lo interior de la mesa del mismo altar, en 1669, recordando el bendito sepulcro.

(4) Zepedano, *Historia de la basílica Compostelana*, pág. 91.—Lopez Ferreiro, *El altar de Santiago*, pág. 33 y siguientes.

(5) Un vaciado en yeso de la inscripción obtuvo el mismo señor Velazquez Bosco, y le donó al *Museo Arqueológico Nacional*. Uno de nosotros la publicó por entonces en *El Fomento*, periódico de Leon, con varias observaciones críticas.

brían justificado de algun modo á los ojos de nuestros lectores la direccion dada por el ilustre Taparelli á las ciencias sociales y económicas, si el fruto de sus trabajos y constantes desvelos, el aplauso casi unánime de los doctos, el cuidado con que le han seguido respetables escritores, y lo que más vale, la aprobacion, en públicos documentos, de la suprema autoridad de la tierra no hubiesen hecho innecesaria toda justificacion. Gracias á la propaganda de las obras del sabio jesuita, no pocos legistas han comprendido las inmensas ventajas que sobre el moderno tiene el derecho cristiano, sosteniendo en su defensa gloriosas batallas en academias y ateneos; y ¿cómo enumerar el gran número de trabajos inspirados por el estudio del *Saggio teoretico di Diritto Naturale* y por el *Esame critico degli Ordini Rappresentativi*, traducidos á casi todos los idiomas del mundo civilizado? La Santa Sede, en la Encíclica *Aeterni Patris* y en otros no menos autorizados testimonios, ha declarado que «nada le es más grato ni desea con más ansia, que el que todos suministren abundante y liberalmente á la estudiosa juventud los rios purísimos de sabiduría que manan en continua y riquísima vena del Doctor Angélico;» y quién en ese terreno se ha adelantado ó ha excedido al P. Taparelli? Y, por otra parte, las causas del grave desorden del organismo social, expuestas exacta, si no minuciosamente, en la introduccion á estos artículos, ¿no evidencian todavía más las razones en que apoyaron su conducta los sabios iniciadores de la restauracion escolástica? Procuremos poner de manifiesto una vez más con el exámen crítico de las inmortales producciones del noble hijo de Turín la necesidad de la aplicacion de los principios de la Ética cristiana al estudio de las ciencias sociales y económicas, en unos tiempos en que las teorías de la utilidad, del placer y de la moral trascendental dominaban con poder absoluto las inteligencias y los corazones todos, produciendo incalculables daños.

Hemos visto que el P. Taparelli escribió, prescindiendo ahora de sus especulaciones metafísicas, el *Saggio teoretico di Diritto Naturale*, el *Esame critico degli Ordini Rappresentativi* y no pocos opúsculos sobre materias económicas, que pensó reunir en un solo cuerpo de doctrina. Pero en realidad todo lo expuesto en el *Exame critico degli Ordini Rappresentativi* y en los opúsculos de Economía Política está de algun modo contenido en el *Saggio teoretico di Diritto Naturale*, la más perfecta de las citadas obras y base de cuanto publicó el autor en el transcurso de su vida, como ya lo notó la *Civiltà Cattolica*. Debemos, pues, dedicar nuestro trabajo á tan fundamental monumento del saber humano.

Contrastando la humildad de su conducta con la pedantería y soberbia de su siglo, tituló su obra el sabio jesuita *Ensayo de Derecho natural*, y en oposicion con las corrientes que entonces todo lo avasallaban, dejadas á un lado vanas hipótesis, apoyó en los hechos sus teorías, fundando el prodigioso edificio de su cien-

cia en la natural tendencia del hombre á la felicidad. En las escuelas de Alemania se afirmaba con Kant que la Filosofía del Derecho no puede fundarse en la Antropología, aunque puede aplicarse á ella, y el P. Taparelli empezó su obra deduciendo de la Antropología escolástica las nociones ontológicas del acto humano y las leyes primitivas de la conducta de cada individuo. En Prusia, en algunos cantones de

Suiza y en otros Estados, los legisladores se habían afanado por fundar nuevos Códigos en el principio de la utilidad, tal como lo entendía Bentham, y el P. Taparelli demostró en el primer capítulo de su obra inmortal, que el verdadero bien, el ideado por el Creador, es el bien de orden, el bien honesto, y que lo útil sólo es bien en cuanto conduce al final. ¿Y podía dejar de condenar el sabio jesuita las vergonzosas teorías

de Gioia y demas epicuristas, empeñados, de un modo más ó menos claro, en convertir el placer en suprema ley de gobierno? De ningun modo: por esto demostró que estando, como está, el bien agradable subordinado al honesto, como el efecto á su causa, debe quererlo el hombre con esta necesaria subordinacion. Y no sólo puso de manifiesto, con razones de gran peso, las excelencias de sus principios y doctrinas, sino que también invocó en su apoyo la experiencia de los hechos, derrotando de tal modo á sus adversarios, que son los adversarios de la civilizacion cristiana, que hasta ahora no han podido rehacerse para presentar nuevo combate.

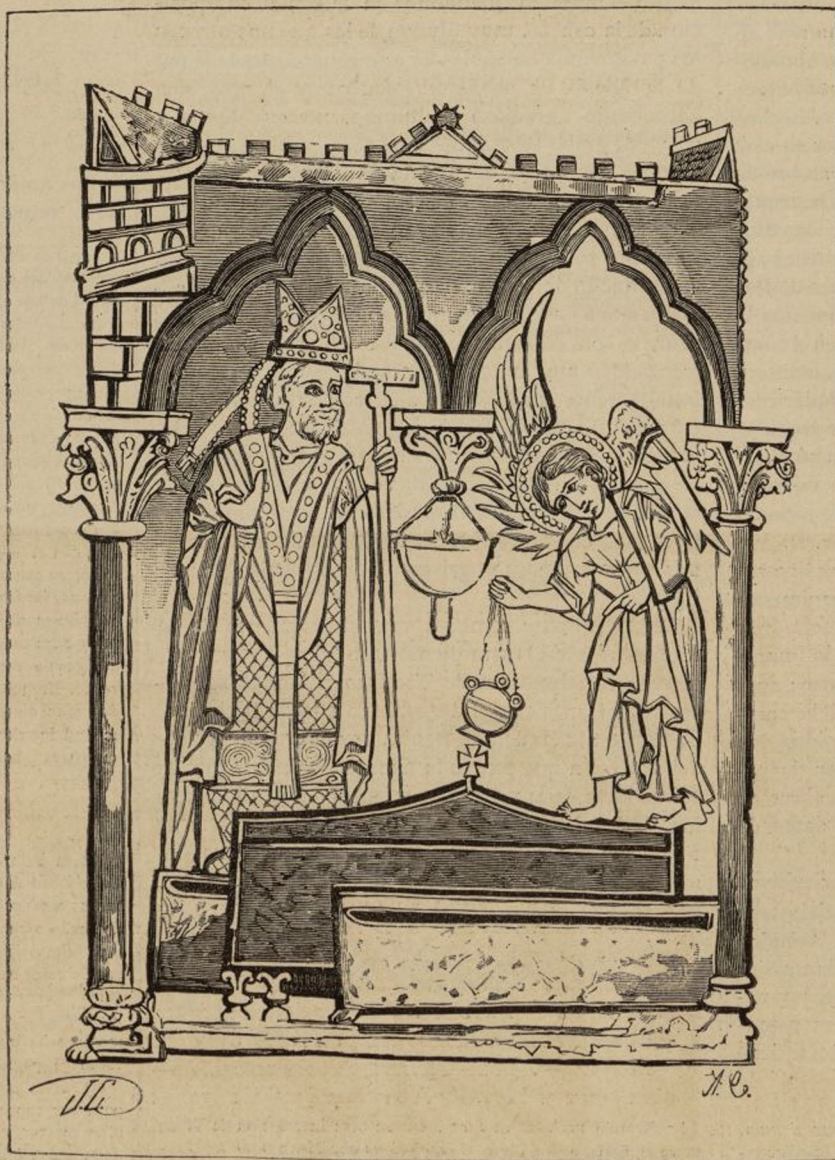
Y si estudiamos el desarrollo de las teorías que tienen por base los principios someramente apuntados, veremos que Kant y los de su escuela deducen las nociones del derecho y del deber del principio de que es justa toda accion que por sí ó por sus consecuencias no es obstáculo á la conformidad de la libertad de albedrío de todos con la de cada uno, separando la moral de la ciencia del derecho; que Bentham proclama que el legislador debe conferir los derechos con gusto, pues que en sí mismos son un bien, pero que debe imponer las obligaciones con repugnancia, porque en sí mismas son un mal, pretendiendo que la ley no tenga otro objeto que la utilidad del mayor número; y que Gioia quiere que producir el placer y ahuyentar el dolor sean el fin único de toda legislacion, mientras el P. Taparelli afirma y demuestra ampliamente cómo todo derecho nace del orden, y su actividad, del conocimiento de la verdad y de la tendencia al bien, y cómo obrando en proporcion de la evidencia y magnitud del bien, es poder irrefragable segun razon, para valernos de sus propias palabras, y que el deber es originado siempre de una necesidad final. De la doctrina de Kant se deduce la bondad de toda accion no penada por la ley; de la de Bentham, que la excelencia de un Código depende del número de derechos que otorga, y del de deberes que evita; de la de Gioia, que cuantas más sanciones agradables proporcionen las leyes, más dignas serán de general aplauso; de modo que el Gobierno que ordene interminables funciones de teatro y de pirotecnia, y, en España, de toros, será con más justicia celebrado como eterno bienhechor de la humanidad; y de la de Taparelli, que todos tenemos derecho á obtener de los demas la cooperacion necesaria para el bien comun, y que debemos cumplir las obligaciones á que la voluntad puede resistir en fuerza de su libertad, aunque contra su natural inclinacion: doctrina que ennoblece al hombre, para quien todo deber se deriva de

RECUERDOS DE UN VIAJE.



EL OBISPO IRIENSE TEODEMIRO DESCUBRE LOS SEPULCROS DE SANTIAGO Y SUS DISCÍPULOS TEÓDORO Y ATANASIO.

Miniatura del año 1129, en el tumbo A del Archivo Compostelano.



EL MISMO ASUNTO.

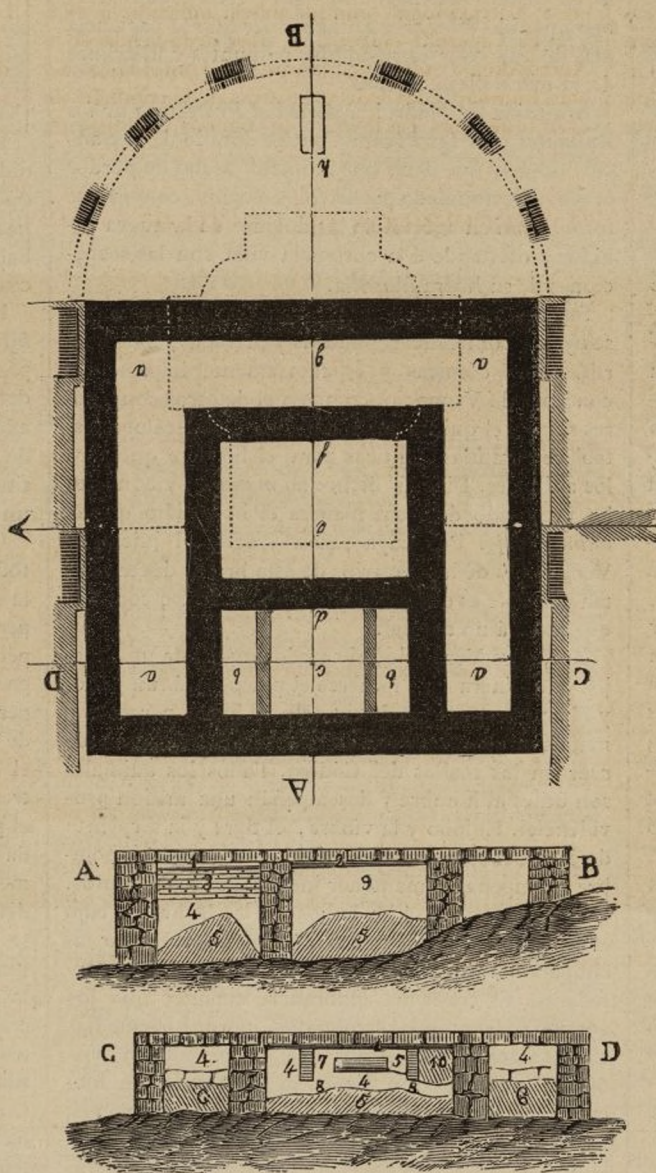
Miniatura en la *Historia Compostelana*, códice del siglo XIII.

Dios, desde el momento que se le considera como bien infinito y ordenador supremo, así como también se deriva de Él la fuerza moral con que podemos mover á los demás á que cumplan con nosotros los propósitos del Creador.

En no pocos casos basta casi colocar al lado de los principios fundamentales de la obra del P. Taparelli, los de los modernos sistemas de derecho, para que, aún los poco cursados en crítica, comprendan las inmensas ventajas, la virtualidad prodigiosa de aquéllos sobre éstos. Resaltarán, sin embargo, todavía más estas ventajas con sólo indicar, con la brevedad que exige la índole de este trabajo, las doctrinas que sobre la naturaleza de la sociedad y de la autoridad sostienen las diversas escuelas. Desechando siempre vanas ficciones, deduce el insigne jesuita la idea de la sociabilidad de la recta noción de la identidad de naturaleza con nuestros semejantes, y del deber evidenciado, que nos obliga á querer para los demás el bien que deseamos para nosotros, la idea del derecho y de la justicia social; y como la condición varia de la naturaleza individualizada, origina la diversidad de relaciones que nos unen, ora con éstos, ora con aquellos individuos; y como sería imposible la asociación constante de seres libres sin un principio de unidad que adecuase al fin los diversos medios, proclama resueltamente, enfrente de Proudhon, que la existencia de toda sociedad implica necesariamente la de una autoridad que la gobierne. ¡Qué diferencia no existe entre esta idea de la sociedad y la que expone Gioia cuando afirma que la sociedades un mercado general donde cada cual vende sus bienes y servicios para recibir los de los demás! ¿Y qué diremos de la doctrina de los que, como Hobbes, por ejemplo, sostienen con notable desenfado que el hombre sólo busca la sociedad por los honores que proporciona, negando el sacrificio de tantas y tantas almas piadosas que, abrasadas por el sacrosanto fuego de la caridad, viven sacrificadas al bien de sus hermanos? Por fortuna, en nuestra patria basta todavía indicar tales errores, para que comprendan todos la deformidad de su absurdo.

Y por lo que hace al origen de la autoridad y á las conclusiones que de esta doctrina nacen espontáneamente, Taparelli, consecuente siempre, de los hechos que obligan á los hombres á formar sociedad, deduce quién está naturalmente investido del deber y por consiguiente del derecho de gobernar, siendo indicio constante de quien sea superior nato, ó deba de ser elegido como tal, su natural aptitud para cumplir el fin común; de la naturaleza de la autoridad, su deber de procurar á los individuos el bien que se prometieron de la sociedad, perfeccionándola en lo posible y manteniendo con las demás sociedades las necesarias relaciones; y de este deber, el derecho de los asociados á pedir la tutela de sus derechos vigentes y la cooperación necesaria para alcanzar los bienes á que no alcanza el esfuerzo individual. Como todo esto supone la existencia de un organismo, el ilustre jesuita entra, partiendo del hecho de esta existencia, en la explicación de los pode-

RECUERDOS DE UN VIAJE.



EL SEPULCRO DE SANTIAGO.—PLANTA.—a. Ándito, ó galería subterránea.—b. Sepulturas de los discípulos Teodoro y Atanasio, abiertas en el suelo.—c. Lugar sobre que descansaba el sarcófago del Apostol.—d. Sitio de donde arrancaba el arco de entrada á la cámara sepulcral.—e. Antecámara ó iglesia subterránea.—f. Sitio de donde arrancaba el arco de entrada á esta iglesia por el ándito ó galería exterior.—g. Lugar correspondiente al del piso principal, en que aparecía la puerta de entrada al edificio, la cual miraba hacia el Oriente.—h. Lóculo ó repositorio donde se han hallado las reliquias, hacia el extremo oriental del ábside.

La línea de puntos, que se acerca á las letras e, a, h corresponden á la planta del altar mayor, labrado entre los años 1666 y 1669.

SECCION LONGITUDINAL, por la línea A B.—1. Pavimento antiguo de losas de barro, por bajo de otro posterior y general de mármol.—2. Pavimento romano de mosaico, por bajo del marmoreo.—3. Pared de ladrillo romano en el sepulcro de Atanasio, compuesta de nueve hileras con diez ladrillos cada una.—4. Capa de cascajo de granito y mármol.—5. Capa de polvo fino y ligero, como de una mina.—6. Escombros con que se relleno esta parte en el siglo XVII.

SECCION LATITUDINAL, por la línea C D.—1, 4, 5. Véanse en la sección longitudinal.—6. Tierra, escombros y huesos humanos diseminados, arrojados aquí en el siglo XVII.—7. Rollo de antigua columna echada aquí entre los escombros.—8. Pared de ladrillo de los sepulcros de Teodoro y Atanasio.—10. Tierra con que muy de antiguo se relleno la sepultura de Atanasio.



FRAGMENTO DE MOSAICO, EN EL PAVIMENTO DE LA IGLESIA SUBTERRÁNEA.

res deliberativo, legislativo y ejecutivo. ¿Y acaso algun tratadista del derecho de gentes ha logrado exponer con la singular claridad y precisión, y con el vigor lógico del P. Taparelli, las leyes de la sociabilidad internacional deducidas del deber, ántes citado, de querer cada cual para los demás el bien que para sí mismo racionalmente quiere, y del derecho de defender el bien que legítimamente poseemos? Además, si tenemos un orden internacional, ¿podemos dejar de tener un ordenador también internacional? Compárese en buen hora con esta teoría lo expuesto por Kant, al hablar del derecho cosmopolítico, sobre la idea racional de una comunidad pacífica y perpetua de todos los pueblos de la tierra, y se habrá de reconocer la inmensa superioridad en todos los órdenes de aquélla sobre la tan absurda en lo especulativo como en lo práctico del patriarca idealista de la moderna Alemania.

Por lo demás, si en vez de comparar los principios y doctrinas de la obra inmortal del P. Taparelli con los de los sistemas que á su aparición se disputaban en Europa el dominio de las inteligencias, buscamos su noble filiación en los doctores escolásticos, encontraremos, en el de Aquino, reconocida, no escaso número de veces, la tendencia del hombre á la felicidad; y fundada en esta tendencia, la teoría, expuesta siempre con notable claridad y concisión, de bien considerado como objeto de la facultad expansiva, así como su división en útil, honesto y agradable (*Summa Theologica*, I, c. V, art. 6.º). Y en los problemas que se derivan de las nociones del derecho y del deber, de la justicia y de la ley, ¿ha hecho acaso otra cosa el ilustre jesuita que copiar y exponer y comentar lo declarado y demostrado por el Águila de Aquino, y refutar, apoyado en sus doctrinas, los trascendentales errores de la ciencia moderna? Cuanto al origen de la sociedad y de la autoridad, Santo Tomás, del hecho que el hombre no puede, fuera de la sociedad, satisfacer sus necesidades físicas y morales, dedujo que no puede vivir sin sociedad, y del principio que en todas las cosas ordenadas á algun fin es preciso que alguien las dirija al fin, que no puede existir la sociedad sin una autoridad encargada de dirigirla al bien común (*De Regimine Principum*, L. 1, c. 1). Por lo demás, lo mismo al tratar del origen de la soberanía, que al estudiar las relaciones internacionales de los estados, y el choque en la guerra de dos tendencias encontradas que luchan por la consecución de un

mismo bien. el noble hijo de Turin no se aparta una línea del camino trazado por el príncipe de los filósofos italianos. Véase si no, por ejemplo, la doctrina de Santo Tomás sobre la guerra, cuando afirma que, para que una guerra sea justa, se necesita que la declare un príncipe soberano, que haya verdadero motivo para emprenderla, y que se proceda con recta intención, y lo que, sobre todo esto expone el ilustre Taparelli en el art. 1, cap. IV, lib. VI del *Saggio teoretico di Diritto Naturale*.

Pero, si admirable es por su doctrina la obra fundamental del P. Taparelli, en realidad no lo es ménos por sus condiciones de claridad y

profundidad de estilo, rigurosa observación, erudición singular y extraordinaria, inmejorable método expositivo y demostrativo, y excelencias del plan general ejecutado con notable precisión hasta en sus menores detalles. En ella demostró especialmente su autor las relevantes dotes de que estaba adornado: al exponer y perfeccionar el análisis del acto libre, que nos dejó Cousin; en la exactitud casi siempre matemática de las definiciones; en la refutación de la teoría religiosa de Kant; en la nota, al libro IV, sobre la oración; en la exposición de lo que llama su opinión sobre los derechos políticos; en las disertaciones sobre su doctrina judicial, y sobre la riqueza, el lujo, la mendicidad y la usura, se muestra respectivamente filósofo profundo, gramático eminente, crítico insigne, místico apreciable, hombre de Estado perspicaz, juriconsulto distinguido y economista consumado, y en general, en todo el *Saggio teoretico di Diritto Naturale*, observador prudente y conoedor aventajado de la humana naturaleza, metafísico ilustre y razonable teólogo, hábil polemista, instruido como pocos en los modernos sistemas científicos, y dotado de prodigiosa memoria, y de siempre lozana y vigorosa imaginación. De él puede decirse como de pocos, que en su frente ardía la llama del genio, y que una voluntad de hierro, luchando casi siempre con la falta de salud, y una decidida vocación al estudio, proporcionaron constantemente los elementos necesarios para que esta llama brillara como astro luminoso, en medio de las tinieblas que cubrían el mundo de las inteligencias, originando terrible confusión aun en los establecimientos de enseñanza sujetos a la autoridad de la Iglesia, como acaba de declararlo el Pastor augusto que ocupa la cátedra infalible de la verdad.

En realidad, como ya hemos indicado, las demás obras del ilustre jesuita, aunque colocadas a grande altura por dictamen unánime de los críticos, no alcanzaron los grados de perfección que el *Saggio teoretico di Diritto Naturale*. Así vemos que la misma *Civiltà Cattolica* ha reconocido que el *Esame critico degli Ordini Rappresentativi*, aunque redactado con clásica lucidez de ideas y solidez de discurso, se resiente, como los estudios económicos y de estética, de las circunstancias en que fué escrito y publicado, apremiado el autor por las exigencias de la revista periódica, en que asiduamente trabajaba. ¡Ojalá alguno de los dignos compañeros del P. Taparelli complete el trabajo de revisión que éste emprendió algunos meses antes de su muerte, y no pudo llevar a cabo! Su obra será digna del aplauso de todos los buenos.

DAMIAN ISERN.

ANTOÑITO.

CUENTO.

Venancio era un antiguo amigo mío, inmensamente rico, viudo, de edad madura, un poco feo, otro poco necio, con los cascos a la ginebra, si bien podían sobrellevarse sus defectos, porque no tenía mal corazón. Al menos, en vida de su esposa, que fué una santa, mi señor D. Venancio era un ciudadano regularcillo, y casi un modelo de ricos, puesto que, gobernado por las buenas inspiraciones de su mujer, sabía emplear sus riquezas cristianamente, colocándolas en manos de Dios, que es el único banquero que da ciento por uno. Pero muerta su excelente compañera, en edad no prematura, Venancio, por arte de *birli birloque*, ó de Patillas, empezó a cojear de los dos pies; y, echándola de filósofo y de despreocupado al uso, dió en la flor de descuidar sus deberes religiosos, suprimiendo todas las devociones que no fueran teatros, cafés, casinos y alegres tertulias, donde divertía sus ocios muy ricamente, creyendo el pobrecito que nunca se había de morir.

Sobre todo, soliviantado por ciertas ideas filantrópicas muy en boga, dió, además, en la manía más extravagante que se puede decir ni pensar, a saber: en la de creer que el hombre moderno, redimido de la esclavitud ominosa del retroceso y del oscurantismo por el Mesías de la libertad (*sic*), debía consagrarse a su vez, con todos sus cinco sentidos, con toda su alma y con todo su corazón, a redimir a los animales y a las plantas del supuesto abandono en que los han tenido los siglos y las antiguas civilizaciones, abriendo para el mundo animal y para el vegetal una era de progreso, de felicidad, de ventura, y, por decirlo de una vez, de beneficencia. Como se

vé, la locura de este mentecato, si no tan peregrina y caballeresca como la del ingenioso hidalgo manchego, era en cambio más inhumana, razón por la cual ni el mismo Benengeli, de felice recordación, hubiera podido dibujarla sin haber perdido la paciencia más de una vez y estrujado los respuntes y filigranas de su maravillosa crónica.

Instituida en Madrid la *Sociedad Protectora de los Animales y de las Plantas*, sueño dorado de Venancio, no hay que decir que el infeliz acabó de perder el seso; y estimulado por frívolos elogios, convirtiéndose *incontinenti* en apóstol de los dogmas de la nueva religión, infestando a la coronada villa con las secreciones de su huera filosofía.

Sus predicaciones, ecos repercutidos de todo lo que se oye en conferencias públicas y privadas, eran horriblemente cómicas y espantosamente impías. En concepto de Venancio, como en el de otros congéneres suyos, el quinto mandamiento del Decálogo establece garantías idénticas para el hombre que para los animales. Dios ha dicho: *no matarás*, y con esto ha prohibido de igual manera el homicidio que el *animalicidio*. Por cuya razón—según el juicio de Venancio y de los sectarios de esta brutal doctrina—tan culpable es el hombre que mata a otro como el que mata a un animal.

Así, para Venancio, el cazador que mata un conejo, la cocinera que retuerce el pescuezo a un pollo, y el arriero que sacude un palo al burro perezoso y matalon, eran otros tantos facinerosos, dignos de caer en las mallas del Código. Todos los animales son útiles al hombre y desempeñan una misión providencial. El lobo y la víbora, el tigre y la serpiente de cascabel son malos, precisamente porque el hombre se empeña en mantener ineducados sus instintos. No es lícito matar a los buhos y a las lechuzas, bajo el pretexto de que entran en la iglesia a chupar las lámparas; porque a lo que van es a limpiarla de correderas. Es crasísima ignorancia suponer que los gorriones devoran los sembrados, porque lo que hacen es atacar a los insectos que los perjudican. Todos los animales son dignos de la compasión humana, los buenos por buenos, y los malos por malos; y todos tienen derecho a la vida, a la beneficencia, a la instrucción y a la libertad. Tales eran las exageradas doctrinas que salían de aquella cabeza, cuyos aposentos estaban vacíos, como troje de pobre.

Un día que me explicaba todas estas cosas de sobremesa, apurando una taza de excelente Moka, escoltada por una buena batería de copas de rom y de aromático *chartreuse*, le interrumpí diciéndole:

—Venancio, ¿qué has almorzado hoy?

—¡Una friolera! Hoy sólo he tomado un poco de ternera, cabrito asado, jamón, una polla, una perdiz, ostras francesas, salmon del Bidasoa, langosta de Fuente-rabía, truchas del Paular y anguilas de Salamanca. Los postres creo que no han pasado de una docena....

—Y dime, gloton, ¿cómo se habría compuesto tu cocinero para servirme ese almuerzo, digno de Lúculo, si no fuera lícito sacrificar a los animales?

—¡Oh Dios mío!—exclamó el hipócrita enternecido hasta el punto de saltársele las lágrimas.—Bastante pesadumbre me cuesta nutrir mi estómago con la carne de pobrecitos animales tan inhumanamente sacrificados; pero cuando llegue la plenitud de los tiempos; cuando se verifique la redención completa del reino animal, yo seré el primero en dar ejemplo, disponiendo que en mi mesa no se sirvan más manjares que los frutos sabrosos de la tierra.

Alcé la pierna para que rodara la bola, y me convencí de que el pobre hombre estaba loco rematado, y de que era machacar en hierro frío tratar de persuadirle a que se quitara los cascabeles de la cabeza. Sobre todo, cuando me anunció muy gravemente que se hallaba ocupado en crear en Madrid un hospital para animales decrepitos, inutilizados para el trabajo, defectuosos y llenos de macas y alifafes, imitando a otros monomaniacos de Barcelona que maduran el mismo proyecto, no pude contener mi indignación.

—¡Válgame Dios, Venancio!—le dije.—¿Es posible que lleveis la exageración de la locura hasta un grado tan ridículo y cruel? Cuando hay tantos seres humanos enfermos y menesterosos que no caben en nuestros hospitales; cuando hay nodrizas de las casas-cunas que amamantan a cinco y seis pobrecitos niños, porque el Erario público está empobrecido y exhausto; cuando hay tantas desgracias sociales que remediar. ¿Cómo teneis valor para derrochar vuestro di-

nero en empresas tan extravagantes? ¿Qué más hubieran hecho los gentiles opulentos en la carrera de sus desórdenes? ¿Así os burláis de las máximas de la Eterna Sabiduría, engarzadas como perlas, en las ricas joyas de los libros santos? ¿No habéis leído lo que preceptúan el *Eclesiastes*, Jesucristo mismo y el gran San Basilio, sobre el empleo de las riquezas? ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

Estas observaciones entraban a mi amigo por un oído y le salían por el otro, con la particularidad de que, lejos de contener su locura, la exacerbaban más, haciéndole decir, que sólo por *darme en la cabeza*, había de proseguir la buena obra. Y el desdichado cumplió su palabra a maravilla.

Dice un antiguo refrán que, *a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos*; pero estos modernos protectores de los animales y de las plantas, no pueden tragarle, porque huele a rancio; y Venancio, que aunque tenía parientes bien necesitados, estaba reñido con ellos y no los socorría nunca, acabó por sustituirlos en su cariño. ¿Con quién dirán ustedes? con un horrible y asqueroso perro ratonero.

Costóle un dineral el animalito, y eso que tenía todas las trazas de una feísima alimaña; pero esta es la moda, y sus esclavos aceptan su tiranía. El dichoso perro era el bicho más infame y ruin que ha salido de perra; goloso, sucio, aficionado a morder todas las pantorrillas, voluntarioso, no como niño, sino como perro mal criado, con todos los perversos instintos de una bestiecilla feroz. Pero a Venancio le entró por el ojo, y no hubo locura que no ensayara para extremar su protección al ridículo animalucho. Dormía el perro en una cama ataviada con sábanas de Holanda y colchas de Damasco, que no podría gastarlas mejores el prócer más acaudalado. Tomaba todos los días un baño perfumado con su amo: amo y perro, se desayunaban juntos, almorzaban juntos, comían juntos, compartiendo los manjares más exquisitos, las golosinas más regaladas, hasta el café, hasta los licores; y si el perro hubiera aprendido a fumar, ¡cuántos habrían envidiado los vengadores de la preciosa Antilla que el estúpido bicho hubiera consumido!.... Cuando el perro caía enfermo (y una vez por poco la lía con el moquillo), Venancio se ponía fuera de sí y llamaba a los mejores veterinarios, a los médicos de más fama, hasta a los curanderos, pagando a peso de oro sus visitas. Por último, para colmo de extravagancias y de *animaladas*, Venancio bautizó al perro con un nombre cristiano, y le puso *Antoñito*, sacrilegio y profanación que rompió nuestras relaciones, porque ya no me sentí con fuerzas para tolerar la impiedad de aquella locura *cursi*, incapaz de Sacramento.

Perdió al amigo por el perro, y *Antoñito* arriba, *Antoñito* abajo, amo y cuadrúpedo siguieron haciendo perrerías hasta el punto de no saberse cuál era más perro de los dos. *Antoñito* iba con su amo al Casino, al café, a las tertulias, al Teatro Real, a todas las diversiones. Era un perro político, músico, pisa-verde, dandy y currutaco. Su amo decía que sólo le faltaba mascar las obras de Voltaire para ser un perro filósofo. No faltó quien le dijo que debía aplicarle a las de Krause, porque escritas en lenguaje perruno, estos animales deben entenderlas con más facilidad que los hombres. Tales eran los espectáculos que amo y perro ofrecían a la coronada villa, siendo objetos de rechiflas desinteresadas y del asco universal. Y con razón; porque las extravagancias de un ricacho inhumano é impío, que emplea su fortuna en gustos bestiales, encienden el pecho de furor, y casi dan motivo a justificar las amenazas de *La Internacional*.

Perdí de vista completamente a Venancio, y ya no me acordaba de él, cuando un día, no hace mucho tiempo, recibí una carta suya en que me decía lacónicamente: «Ven a verme corriendo, por Dios.»—Corriendo fuí; y a la puerta de su casa encontré, cuidando de un mísero ajuarcito, desparramado en la calle, a una pobre mujer, a quien la esposa de Venancio, movida de gratitud por antiguos servicios, había dado habitación gratis en una de las bohardillas de su casa. Era de oficio lavandera, viuda y madre de dos niños: el uno varón, de catorce años, que aprendía ya un oficio; y la otra de ocho, aunque por su delicada complexión, no representaba más que seis. Madre é hija lloraban a lágrima viva, contemplando con triste expresión su pobre menaje esparcido en la calle; y de cuando en cuando elevaban los ojos al cielo, como quien impetra justicia ó misericordia. Así que me vieron, corrió hacia mí la madre, y con desgarradores sollozos, me dijo:

—Por Dios, interceda V. por nosotros; el señor nos ha echado á la calle.

Informado de lo que habia ocurrido, supe que el malvado perro de Venancio, el infame *Antoñito*, cuyos perversos instintos formaban las delicias de su amo, habia mordido á la niña furiosamente en una mano, haciéndola tres heridas. Su hermano, que presenció la carnicería, sin poder desviar al perro de su presa, le cogió al fin por el pescuezo y le tiró al suelo con violencia, de cuyas resultas el animalucho tomó un sofocón, que dió lugar á que se le desarrollara una calentura inflamatoria. Así que Venancio supo el suceso, ciego de furor, con insólita crueldad, y sin miramientos de ningún género, puso á aquella honrada familia en el andar de la calle, haciendo por el perro unos extremos que rayaban en delirio. Los infelices expulsados se habian dirigido al Sr. Cura de la parroquia á fin de ver si podia recogerlos provisionalmente para no verse expuestos á pasar la noche en mitad de la calle; y la madre estaba esperando al hijo que habia ido á evacuar aquella comision.

Enterado de lo que ocurría, estuve tentado de volverme sin ver al autor de aquella insana crueldad; pero el interés de la pobre familia me movió á hacer algo en su favor, y subí á casa del monomaniaco.

Venancio me recibió, estrechándome en sus brazos; y llorando, sollozando, gimoteando, haciendo los más grotescos aspavientos, me dijo:

—¡Soy el más desgraciado de los hombres! Ya no hay consuelo para mí! *Antoñito* se me muere: los facultativos acaban de desahuciarle.

—¡Venancio!—exclamé con energía, sin poder contener mi indignacion.—En la calle derrama lágrimas una familia honrada, víctima de tu crueldad extravagante. Revoca tu insensata orden de despojo, y te abriré mis brazos.

—¡No lo haré, no lo haré!—gritó como un energúmeno, retorciéndose los brazos con furor y desesperacion.—Ese malvado muchacho ha estrangulado á mi *Antoñito*, á mi querido perro, á mi joya, á lo que amo más en la vida.... He llamado á tu médico, que es una notabilidad, para que venga á verle, ofreciéndole una onza por la visita, y me ha contestado con un bufido, diciendo que ni por todo el oro del mundo asistiría á un perro. ¡Intercede por mi *Antoñito*: haz que venga tu médico, por Dios!

—Venancio,—volví á exclamar, mirándole de hito en hito.—¿Quieres ser hombre? ¿Quieres conducirte como criatura racional, criada á imagen y semejanza de Dios? Pues recoge á esa honrada familia....

—¡Nunca!—¡Han matado á mi perro!.... ¡Han asesinado á mi *Antoñito*!

—Advierte que el animal ha mordido cruelmente á esa pobre niña.

—¡No es verdad!.... Sólo la clavó dos dientes. Y en último término, ¿no vale más mi perro que esa genticilla miserable y ruin? ¡*Antoñito* de mi corazón!....

Me dirigí á la puerta, y le dije:

—Adios, rico inconsiderado, mil veces más irracional que los mismos animales. Has bautizado á un perro con el nombre de un santo cristiano: no puede llegar la impiedad á grado más indigno. Dispensas á un perro las atenciones que niegas á las criaturas de Dios: no puedes ser más inhumano. ¡Te abandono á tu mísero destino!

Salí á la calle; pero la pobre familia abandonada no tenía ya necesidad de mis auxilios, porque el señor Cura de la parroquia habia socorrido su infortunio con providente mano.

Murió el perro de Venancio, y el infeliz monomaniaco le lloró tanto como á su excelente esposa: al fin se consoló hallando otro muy parecido, á quien dispensó los mismos favores que á *Antoñito*.

Un día, poco despues del rompimiento de nuestras relaciones, me avisaron que Venancio estaba muriéndose y que deseaba verme.

Halléle agonizando entre sufrimientos atroces.

En su cabecera no hallé, dispensándole la oportuna asistencia, á ningún individuo de su familia, á quien no habia favorecido en nada, ni á ninguno de los amigos que tanto habian contribuido á trastornarle el seso y á quienes habia favorecido demasiado. Su enfermedad era terrible, y todos huían de ella, temiendo el contagio. Sólo la pobre lavandera, expulsada inhumanamente por Venancio de su casa, movida de gratitud á los beneficios de su esposa, y olvidando cristianamente sus ofensas, permanecía á su lado, prodigándole todo linaje de tiernos cuida-

dos, sin temor á la enfermedad que, en concepto de los médicos, debía ser la hidrofobia, porque Venancio habia sido mordido por su perro y existía la presuncion de que el animal murió rabioso.

Así que llegué, mi desgraciado amigo exhaló el último suspiro.

Su enfermera y yo caímos de rodillas para encomendar á Dios su alma, pidiéndole, además, misericordia para las locuras de nuestra pobre humanidad.

LEANDRO HERRERO.

LOS GRABADOS.

EL GENERAL CRISTÓBAL LUIS LEON FUCHAULT DE LAMORICIERE, inolvidable campeón de la Santa Sede, y modelo de caballeros cristianos.—Pág. 373.

En el núm. 19 de este tomo, correspondiente al 21 de Noviembre de 1879, publicamos á la vez que el retrato de Mr. Freppel, Obispo de Angers, que acaba de tomar asiento en las Cámaras francesas, el monumento levantado por la ciudad de Nantes á la memoria del general de Lamoriciere, en cuya inauguracion pronunció elocuentísima oracion fúnebre el mencionado prelado francés. Teníamos desde entonces propósito de publicar el retrato de Lamoriciere, cuya brillante historia ocupa lugar importantísimo en la historia de los últimos años del Pontificado. Hélo aquí tomado de una fotografía sacada en los tiempos en que el valeroso breton capitaneaba las huestes Pontificias contra los atentadores del patrimonio de San Pedro.

El general Lamoriciere, originario de la Bretaña, tierra predilecta de Francia por la fe de sus nobles hijos, nació en Nantes el 5 de Febrero de 1806. Su familia le dedicó á la carrera militar, educándose en la escuela politécnica, de donde salió con el grado de oficial de Ingenieros. Su valor, su carácter arriesgado y sus conocimientos en las diversas artes militares le llevaron, apenas salido del colegio, á la expedicion de Argelia, emprendida en 1830, en el reinado de Carlos X, bajo las órdenes del general Bourmont. El intrépido oficial de Ingenieros no tardó en distinguirse por sus grandes cualidades, por lo que mereció la confianza de sus jefes. Al crearse el Cuerpo de Zuavos, fué designado para tomar parte en su organizacion, y con tanto acierto cumplió su cometido, que en 1837, siendo ya coronel, llevó á cabo uno de los hechos más importantes de esta guerra. La toma de la Plaza de Constantina, que en vano asedió por mucho tiempo el mariscal Clausel. De vuelta á Francia, fué nombrado mariscal de Campo en 1840; tres años más tarde, teniente general, y en 1844 fué gobernador interino de la Argelia; en cuya provincia brilló siempre por sus distinguidos hechos de armas y por su talento organizador, de que dió en su vida repetidas pruebas. Las diez y ocho campañas que hizo en Africa, costaronle honrosas heridas. En Constantina fué herido por la voladura de una mina, en la batalla de Isly recibió un balazo, y de ambas desgracias pudo curar cuando se creía más comprometida su vida, porque Dios le destinaba para más gloriosas empresas.

En 1846, fué nombrado miembro de la Cámara de Diputados, y aunque él por entonces no tomó parte en la política, dejó ya entrever las sanas ideas de que estaba animado. En la revolucion de Febrero de 1848, fué herido combatiendo contra los enemigos de las instituciones de Francia. Esto le valió el ser despues nombrado Ministro de la Guerra, y ocupar despues puestos importantes en el Gobierno de su patria. La revolucion comenzó á perseguirle como á uno de sus más temibles adversarios, y en 1851 hubo de ser expulsado del territorio francés y conducido á Colonia. Permaneció en el destierro hasta 1857, y tres años despues tomó el mando de las tropas pontificias para combatir contra los enemigos de la Santa Sede. Aquí empieza el período más brillante y más glorioso de la vida de Lamoriciere. Pocos católicos ignorarán la parte que tomó el noble general breton en la defensa del territorio pontificio asaltado por los revolucionarios de Italia, que sin respeto á la religion y á la justicia, y auxiliados subrepticamente por Gobiernos de Europa, buscaban el apoderarse de lo que habian respetado los siglos. El general Lamoriciere, en recuerdo de sus campañas de Africa, creó en Roma un Cuerpo de Zuavos pontificios, donde fueron á alistarse ilustres jóve-

nes de todos los países. Al frente de aquel pequeño ejército, el bravo Lamoriciere obtuvo triunfos señaladísimos sobre fuerzas infinitamente mayores, hasta que atacado alevosamente en la emboscada de Castelfidardo, tuvo que retirarse á Ancona, donde se vió obligado á capitular en condiciones honrosísimas y despues de heroica defensa. Esto sucedia en Octubre de 1860.

Perdida toda esperanza se retiró al seno de su familia, donde le sorprendió subitánea muerte en 1865, habitando el castillo de Proverel, cerca de Amiens. El general Lamoriciere era el tipo acabado del caballero cristiano, de la raza de los que durante la Edad Media supieron unir el valor del soldado con la piedad del monje. Arrojado en la pelea, duro en las fatigas de la guerra, implacable con los desleales y cobardes, era un niño en el trato de la familia y de los amigos, piadoso en todos los momentos de su vida, dulce y afable con los débiles y menesterosos.

En las jornadas de 1848 atacaba con sus soldados el arrabal de *Saint-Denis*, donde se habian hecho fuertes los insurrectos.

Una de las avanzadas alcanzó á uno de los más furiosos demagogos, que, cubierto de polvo y desgarrado por la lucha, se obstinaba en disparar contra las tropas del general. Llenos de coraje lo trajeron á una plaza para fusilarle, cuando acertó á verlo Lamoriciere. Al contemplarle vencido en manos de los soldados ébrios de cólera, se sintió compadecido del pobre desdichado y quiso salvarle. La cosa era difícil en aquellos momentos; sin embargo, el general se fué hácia el grupo, se abrió paso entre los soldados, y poniéndose delante del insurrecto, se cruzó de brazos y comenzó á mirarle con mezcla de lástima y desprecio.

—¿Cómo te atreves á combatir contra tus hermanos? le dijo despues de un momento de elocuente silencio. ¿Por qué levantas barricadas y matas á mis soldados? ¡Ah, miserable! Para castigo no mereces ser fusilado; tu pena debe ser más terrible y vergonzosa. Hé aquí lo que mereces: ¡Toma!

El general le sacudió un fuerte punta-pié, gritando al mismo tiempo:—¡Soldados, dejadle pasar!

Los soldados vitorearon al general.... y el insurrecto se habia salvado.

Para complemento de estas noticias vean nuestros lectores lo que dijimos en página 151 de este tomo al publicar el monumento fúnebre del gran campeón de la Santa Sede, celebrado en elocuentes panegíricos por Dupanloup, por Freppel y por otros oradores ilustres.

MONUMENTOS RELATIVOS AL SEPULCRO DE SANTIAGO.—Págs. 376 y 377.

1.^a El obispo iriense Teodemiro descubre los sepulcros de Santiago y sus discípulos Teodoro y Atanasio.

Miniatura del año 1129, en el tumbo A del Archivo Compostelano.

2.^a El mismo asunto.

Miniatura en la *Historia Compostelana*, códice del siglo XIII.

3.^a Planta de los cimientos del primitivo sepulcro, descubiertos últimamente.

4.^a Seccion longitudinal de los cimientos.

5.^a Seccion latitudinal.

Copia de la planta y secciones, obtenidas por mandato de su Emma. el Sr. Cardenal Arzobispo.

6.^a Fragmento de mosaico, en el pavimento de la iglesia subterránea.

7.^a Restauracion congetural del sepulcro apostólico primitivo (1).

(Véase el importantísimo artículo de los Sres. Fita y Fernandez-Guerra.)

X.

BIBLIOGRAFÍA.

BRUNEQUILDE Y LA SOCIEDAD FRANCO-GALO-ROMANA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO VI.—*Estudio histórico-crítico*, por D. Joaquin Rubió y Ors.—Barcelona, 1880.

En las sesiones del 7 de Febrero y 6 de Mayo de 1870 de la *Real Academia de Buenas Letras*, de Barcelona, leyó el docto catedrático de Historia de aque-

(1) Este grabado aparecerá en el número próximo con la continuacion del artículo.

lla Universidad el estudio de que hacemos aquí mención, y desde entonces han pasado diez años sin publicarlo, porque sin duda su autor, como hombre de verdadero saber, más que los ecos de la fama, buscó, al escribirlo, la satisfacción nobilísima de ofrecer á los estudiosos un trabajo nuevo y más completo de los publicados hasta ahora en defensa de la Reina Brunquilde, hija del monarca español Atanagildo, maltratada por escritores ligeros, y un cuadro de la sociedad francesa en el período más oscuro y más complicado de la Edad Media.

Ambas cosas resultan en el libro que acabamos de leer, escrito con gran copia de datos, riguroso método, estilo claro y elegante, juiciosa y adelgazada crítica y concisión, que no perjudica á la exactitud del cuadro ni de los hechos que en él se encierran. La monografía está dividida en tres partes. En la primera expone el autor la historia del período histórico á que pertenece su asunto, tomándolo desde el infortunado matrimonio de la hija de Atanagildo Galsiunda con el rey de Neustría, Hilpérico, hermano de Sigiberto. La exposición de este período de guerras fratricidas, de grandes desafueros, desapoderadas ambiciones, de resabios de barbarie y de albores de civilización, está magistralmente hecha; nada falta ni huelga en el cuadro; todo está consignado con perfecto orden, admirable concisión y suma claridad. En la segunda parte nos pinta el Sr. Rubió el cuadro exactísimo de la sociedad franco-galo-romana en los tiempos en que vivió Brunquilde, estado de lucha y de perturbación producido por los elementos de barbarie que la raza dominadora conservaba y las nuevas ideas que el Cristianismo difundía para extirparlos. El cuadro resulta, por lo tanto, sombrío, porque la luz de la civilización apenas se columbraba entre las tinieblas de la barbarie germánica y los más intensos acasos de la corrupción romana; pero sombrío y todo, déjanse percibir en él todos los elementos de renovación social que á lo largo debían convertir aquel caos de ignorancia, de supersticiones y rudeza en claro cielo, donde brillase la luz esplendente de la cultura cristiana.

En la tercera parte, nuestro autor, partiendo de las bases sentadas anteriormente, estudia y falla el proceso de Brunquilde, colocando á la calumniada hija de Atanagildo sobre el pedestal de sus grandes

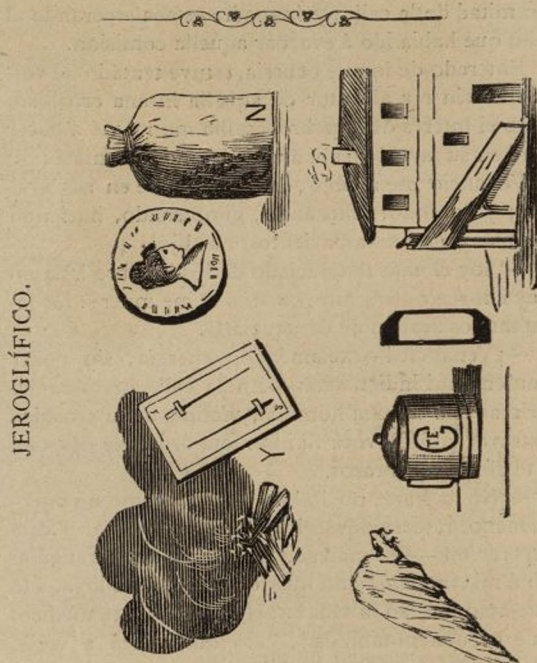
talentos y aún de sus cristianas virtudes. Oigamos cómo el Sr. Rubió y Ors termina su trabajo: «El día, pues, que la historia revise con más detención y maduro exámen el proceso que por muchos se ha dado ya por terminado, y terminado con un fallo inapelable; en que, además de atenderse al testimonio de la historia incompleta de un escritor parcial y sin crítica, y al de algunas voces, casi siempre acusadoras, de algunos cronistas de tiempos más recientes, se estudien los monumentos de que sembró el suelo de las dos Francias orientales, las leyes que dió la hija de nuestro monarca Atanagildo, y se preste más atento oído á la voz popular que va repitiendo de edad en edad su nombre, como para contradecir las acusaciones oficiales de los historiadores austriacos, entonces la historia hablará con elogio y como de una princesa de esclarecida fama y de alto renombre, de Brunquilde la Grande, en vez de entretener á sus lectores con los consejos y las calumnias acumuladas sobre la sanguinaria perseguidora de los francos, y la implacable rival de Fredegunda; y también entonces España, á la cual se ha hecho por algunos escritores franceses, con exceso apasionados en su odio á aquella reina, como una especie de crimen, de haberle dado movimiento, del todo libre, de tener que salir á desvanecer tan absurdo cargo y de tener que defender al primero de sus historiadores, Mariana, acusado de falaz con aquélla por haber salido á la defensa la princesa visigoda, podrá inscribir con orgullo en el largo catálogo de sus mujeres ilustres, á la que dirigió por espacio de medio siglo los destinos de las Francias orientales, retardando, por ventura, la caída de la monarquía merovingia y estorbando que, como Hércules á Anteo, ahogara la barbarie germánica lo poco que quedaba de las instituciones y cultura romana.»

El trabajo, en resumen, es digno de la reputación y talentos del Sr. Rubió y Ors, obra acabada de crítica histórica, modelo de monografías, digno de imitarse. Reciba su esclarecido autor nuestros humildes plácemes por su valioso estudio y las gracias más expresivas por el ejemplar con que nos ha obsequiado.

M. PEREZ VILLAMIL.

ADVERTENCIA.

Quando comenzamos á publicar los importantísimos artículos sobre el *Viaje á Santiago*, de los eminentes arqueólogos Sres. Fita y Fernandez-Guerra, advertimos que no nos oponíamos á que se copiaran en otros periódicos, para mayor notoriedad de sus descubrimientos, pero que si encargábamos se hiciese constar la procedencia. Las revistas extranjeras que los han traducido, y casi todos los periódicos de España que los han copiado, han cumplido fielmente el encargo; pero como quiera que hay todavía algunos que copian los artículos como suyos, haciendo caer en equivocación á otros muy conocidos y respetables, de nuevo reclamamos este derecho de propiedad literaria; pues las revistas y periódicos viven de su crédito, y el crédito se adquiere con la autoridad de los colaboradores y la importancia de los escritos publicados. LA ILUSTRACION CATOLICA debe velar por el suyo, acrecentado considerablemente con la publicación de los mencionados artículos.



(La solución en el próximo número).

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina,
Plaza del Bombo, núm. 4.

Para los anuncios franceses, los Sres. J. Saisset y Bertal, 11, Rue Cadet, 11, París.

SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

THESES DE CULTU SACRATISSIMI CORDIS JESU A PP. ANDREA MARTORELL ET JOSEPHO CASTELLÁ E SOCIETATE JESU.

EDITIO TERTIA.

Ofrecemos al público la tercera edición de esta obra, que en sus primeras ediciones mereció de la prensa católica española los más favorables juicios.

Contiene tres partes: *De cultu Cordis Jesu existentia*; *De cultu Cordis Jesu natura*; *De cultu Cordis Jesu proprietatibus*: división amplísima dentro de la cual se comprende, con claridad y profundidad sumas, todo lo que científicamente puede investigarse sobre tan hermoso asunto.

Se vende á 8 rs. en las principales librerías católicas de Madrid y provincias.

SUMA FILOSOFICA DEL SIGLO XIX

ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica 36 rs.; en pasta 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica 36 rs.; en pasta 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica 36 rs.; en pasta 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelación de San Juan* consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos) 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 5 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de todos estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime Oliver, Mendizábal, y 14; Pons Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

AVISOS Á UNA JÓVEN QUE SALE DEL COLEGIO

PARA SU CASA PATERNA,

MUY ÚTILES Á TODAS LAS JÓVENES Y Á TODA CLASE DE PERSONAS QUE QUIERAN VIVIR CRISTIANAMENTE,

POR EL PRESBITERO D. P. J. E.

Se halla de venta la obra en la librería de Olamendi, Paz, 6, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

LADVOCAT DARQUET & C^{ie}

5 y 7, rue Lévesque, Argenteuil

PRÈS PARIS

FLOR DE CISNE, polvos adherentes con glicerina para los cutis delicados.

AGUA de la HADA de las ROSAS, contra las arrugas.

MEDALLA DE ORO

En la Administración de este periódico, y en la calle de San Bernardo, núm. 45, entre-suelo, almacén de objetos de escritorio, hay de venta magníficas liminas de gran tamaño para cuadro, representando la *Imagen de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, tal y como se venera en su tradicional Iglesia, á 2 rs. una.

Tomando más cantidad, se hará una rebaja proporcionada al pedido.



OPRESIONES

TOS, CATARROS, CONSTIPADOS

Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoración y favorece las funciones de los órganos respiratorios.

Venta por mayor J. ESPIC, 128, rue St-Lazare, Paris.

Y en principales Farmacias de ESPAÑA: 2 f. la caja.



NEURALGIAS

CURADOS

Por los CIGARILLOS ESPIC

(Exigir esta firma: J. ESPIC.)



ELIXIR DENTIFRICO

de DEHARAMBURE

PARIS, 324, Rue Saint-Martin, 324, PARIS

Compuesto de sustancias aromáticas, su gusto agradable le hace superior á todos los productos conocidos. Empleado diariamente, conserva la dentadura, evita las caries, sana el aliento, dejando en la boca una frescura persistente y un perfume delicioso.

Deposito: Madrid, Perfumería de Frere CARMEN, 1, y en las buenas Perfumerías de España.

Dirigir los pedidos al por mayor á los S^{rs} STORR y MUÑOZ, Ballesta 7 Bajo.

SIMILI DIAMANTE.



Una sortija de oro maciza de 18 quilates, Fr. 18. Un par zarcillos oro ma-

cizo de 18 quilates, Fr. 18. Perfectamente iguales á los dibujos que anteceden. Estas piedras, verdaderamente superiores, tienen un agua muy clara y un reflejo deslumbrador, hasta el punto de no distinguirse de las verdaderas si no es por medio de pruebas.

Se remiten franco de porte previa remesa del importe.

Album ilustrado de mis productos á 0'75 en timbres de correo. JULES LUTZÉ, París, 16, boulevard Voltaire.